

bueno y útil para los demás. Su vergüenza primera había desaparecido, en aquella necesidad que se siente de purificar las propias faltas; y nada, en efecto, era más natural ni más tranquilo que sus relaciones: una unión de razón simplemente, él dichoso con tenerla allí, por las noches, cuando no salía; ella casi maternal, con un afecto tranquilo, con su viva inteligencia y su rectitud. Y, verdaderamente, para aquel pirata de las calles de París, curtido en todas las emboscadas financieras, era una suerte inmerecida, una recompensa robada como lo demás, poseer aquella adorable mujer, tan joven y tan sana á los treinta y seis años, bajo la nieve de su espesa cabellera blanca, y de un buen sentido tan sólido y de una prudencia tan humana, en su fe en la vida, tal como esta es, á pesar del fango que arrastra en su torrente.

Pasaron meses, y hay que decir que Carolina encontró á Saccard muy enérgico y muy prudente, durante los penosos comienzos del Banco Universal. Sus sospechas de tráficos sucios, el temor de que los comprometiese, á ella y á su hermano, se disiparon por completo, al verlo sin cesar en lucha con las dificultades, trabajando desde la mañana á la noche para asegurar el buen funcionamiento de aquella gran máquina nueva, cuyas ruedas rechinaban, próximas á saltar; y le profesó reconocimiento y admiración. El Universal, en efecto, no marchaba como él había esperado, porque tenía en contra suya la

sorda hostilidad de la alta banca: corrían malos rumores, renacían obstáculos, inmovilizando el capital é impidiendo las grandes tentativas fructuosas. Y él se había hecho una virtud de aquella lentitud de procedimientos á que se le reducía, no avanzando sino á pasos seguros por un terreno sólido, ojo avizor sobre los derrumbaderos, muy ocupado en evitar una caída para atreverse á lanzarse en los azares del juego. Recomendase de impaciencia, pateando como un caballo de carrera obligado á un trotecillo de paseo; pero jamás fueron más honrados ni más correctos los comienzos de una casa de crédito; y de ello se hablaba en la Bolsa con asombro.

De este modo se llegó á la época de la primera junta general, fijada para el 25 de Abril. El 20 regresó de Oriente Hamelin, venido expresamente para presidirla, llamado apresuradamente por Saccard, que se ahogaba en aquella casa demasiado estrecha. Traía, por otra parte, excelentes noticias: estaban concluidos los tratados para la formación de la Compañía general de Vapores reunidos, y además tenía en el bolsillo las concesiones que aseguraban á una sociedad francesa la explotación de las minas de plata del Carmelo; sin hablar del Banco nacional turco, cuyas bases acababa de echar en Constantinopla, y que sería una verdadera sucursal del Universal. Cuanto al gran negocio de los caminos de hierro del Asia Menor, aún no estaba maduro, y había que aplazarlo; por lo demás, debía volver allá,

para continuar sus estudios, al día siguiente de la junta. Saccard, entusiasmado, tuvo con él una larga conversación, á la que asistió Carolina, y los persuadió fácilmente de que era de absoluta necesidad un aumento de capital social, si se quería hacer frente á aquellas empresas. Los grandes accionistas, Daigremont, Huret, Sedille y Kolb, consultados, habían aprobado ya este aumento; de modo que en dos días pudo ser estudiada la proposición y presentada al consejo de administración, la víspera misma de la reunión de los accionistas.

Aquel consejo de urgencia fué solemne, asistiendo á él todos los administradores, en el severo salón sombreado por los grandes árboles del hotel Beauvilliers. De ordinario, celebrábase allí dos consejos al mes: el pequeño hacia el 15, el más importante, aquel á que no asistían más que los verdaderos jefes, los administradores de negocios; y el grande, hacia el 30, la reunión de aparato, á que acudían todos, los mudos y decorativos, á aprobar los trabajos preparados de antemano y á firmar. Aquel día, el marqués de Bohain, con su aristocrática cabecita, llegó uno de los primeros, llevando consigo, en su gran aire fatigado, la aprobación de toda la nobleza francesa. Y el vizconde de Robin-Chagot, el vicepresidente, hombre dulce é insignificante, tenía el encargo de acechar á los administradores que no estaban al corriente, hablaba con ellos aparte y les comunicaba en dos palabras las ór-

denes del director, el verdadero amo. Cosa entendida, todos prometían obedecer con un movimiento de cabeza.

Abrióse al fin la sesión. Hamelin dió á conocer al Consejo la Memoria que debía leer ante la junta general. Este era el gran trabajo que Saccard preparaba desde hacía mucho tiempo, y que acababa de redactar en dos días, aumentado con notas traídas por el ingeniero, y que escuchaba modestamente, con aire de vivo interés, como si no hubiera conocido ni una palabra. Comenzaba la Memoria hablando de los negocios hechos por el Banco Universal desde su fundación: habían sido buenos, pequeños negocios al día, realizados de la víspera al día siguiente, lo corriente en las casas de crédito. Al mismo tiempo se anunciaban grandes beneficios en el empréstito mejicano, que acababa de ser emitido el mes anterior, después de la partida del emperador Maximiliano para Méjico: un empréstito fangoso y de primas locas, en el que Saccard sentía profundamente no haber podido meterse más, falto de dinero. Todo esto era ordinario, pero se había vivido. En el primer ejercicio, que sólo comprendía tres meses desde el 5 de Octubre, fecha de la fundación, al 31 de Diciembre, el sobrante de los beneficios era únicamente de cuatrocientos mil y pico de francos, lo que había permitido amortizar en un cuarto los gastos de primer establecimiento, pagar á los accionistas su cinco por ciento y dedicar un diez

por ciento á los fondos de reserva; además, los administradores habían retirado el diez por ciento que les concedían los estatutos, y quedaba una suma de unos setenta y ocho mil francos, trasladados al ejercicio siguiente. Solamente no había habido dividendo. Nada á la vez más honrado y más mediocre. Lo mismo había sucedido con la cotización de las acciones del Universal en Bolsa, que habían subido lentamente de quinientos á seiscientos francos, sin sacudidas, de una manera normal, como las cotizaciones de los valores de todo banco que se respeta; y hacía ya dos meses que permanecían estacionarias, no habiendo ninguna razón para que subiesen más, con los pequeños negocios diarios en que parecía estancarse la casa naciente.

Después la Memoria pasaba al porvenir, y aquí notábase un brusco ensanchamiento y abrirse un vasto horizonte á toda una serie de grandes empresas. Insistía particularmente en el punto de la Compañía general de Vapores reunidos, cuyas acciones iba á emitir el Universal: una compañía con capital de cincuenta millones, que monopolizaría todos los transportes del Mediterráneo, y en la que se encontrarían sindicadas las dos grandes sociedades rivales, la Focense, para Constantinopla, Esmirna y Trebisonda; por el Pireo y los Dardanelos, y la Sociedad Marítima para Alejandría, por Messina y la Siria, sin contar las casas menores que entraban en el sindicato, los Combarel y compañía, para

Argelia y Túnez, la viuda de Enrique Liotard, igualmente para Argelia, por España y Marruecos, los Feraud-Girard hermanos, para la Italia, Nápoles y los puertos del Adriático, por Civita-Vecchia. Se conquistaría todo el Mediterráneo, haciendo una sola compañía con estas sociedades y estas casas rivales que se mataban unas á otras. Gracias á los capitales centralizados, se construiría vapores modelos, de una velocidad y de un *confort* desconocidos, se multiplicaría las salidas, se crearía nuevas escuelas, se haría del Oriente un arrabal de Marsella. ¡Y qué importancia tomaría la Compañía, cuando, acabado el canal de Suez, le fuera permitido crear servicios para las Indias, el Tonkín, la China y el Japón! Jamás se había presentado negocio de concepción más amplia y más segura. Después vendría el apoyo al Banco Nacional Turco, acerca del cual la Memoria daba largos detalles técnicos, que demostraban su inquebrantable solidez; y terminaba aquella exposición de las futuras operaciones, anunciando que el Universal tomaba también bajo su protección la Sociedad francesa de las minas de plata del Carmelo, fundada con capital de veinte millones. Los análisis químicos señalaban en las muestras del mineral una proporción considerable de plata. Pero, aún más que la ciencia, la antigua poesía de los santos lugares hacia brillar aquella plata como una lluvia milagrosa, divino deslumbramiento que Saccard había puesto al

fin de una frase, de que estaba muy satisfecho.

En fin, después de estas promesas de un porvenir glorioso, la Memoria concluía pidiendo el aumento de capital. Se le doblaría, se le aumentaría de veinticinco á cincuenta millones. El sistema de emisión adoptado era el más sencillo del mundo, para que entrase fácilmente en todos los cerebros: se crearía cincuenta mil acciones nuevas y se las reservaría título por título á los propietarios de las cincuenta mil acciones primitivas, de modo que ni siquiera habría suscripción pública. Sólo que estas nuevas acciones serian de quinientos veinte francos, con una prima de veinte francos, formando en total una suma de un millón, que se llevaría á los fondos de reserva. Era justo y prudente imponer á los accionistas esta pequeña contribución, ya que se les daban ventajas. Por lo demás, sólo era exigible el cuarto de las acciones y además la prima.

Cuando Hamelin acabó de leer, produjose un murmullo de aprobación. Aquello era perfecto, no había que hacer ninguna observación. Durante todo el tiempo que había durado la lectura, Daigremont, embebido en un cuidadoso examen de sus uñas, había sonreido á vagos pensamientos; el diputado Huret, tendido en su butaca, con los ojos cerrados, como absorto en su atención, dormitaba á medias, creyéndose en la Cámara; mientras que Kolb, el banquero, tranquilamente, sin ocultarse, se había entregado á un largo

cálculo en algunas cuartillas que tenía delante de sí, como todos los administradores. Sin embargo, Sedille, siempre ansioso y desconfiado, quiso hacer una pregunta: ¿qué se haría con las acciones abandonadas por aquellos accionistas que no quisieran usar de su derecho? ¿Las guardaría la Sociedad en su cuenta, lo que era ilícito, puesto que la declaración legal no podía hacerse ante notario sino cuando el capital estuviera suscrito íntegramente? Y si se desembarazaba de ellas, ¿á quién, y cómo contaba cederlas? Pero, á las primeras frases del fabricante de seda, el marqués de Bohain, viendo la impaciencia de Saccard, le cortó la palabra, diciendo con su gran aire noble que el consejo abandonaba estos detalles á su presidente y al director, tan competentes ambos y tan celosos. Y ya no hubo más que congratulaciones, y se levantó la sesión en medio del contento de todos.

El día siguiente, la junta general dió lugar á manifestaciones verdaderamente conmovedoras. Celebróse en el salón de la calle Blanca, donde había quebrado un empresario de bailes públicos; y, antes de la llegada del presidente, en aquella sala ya llena, corrían los mejores rumores, uno sobre todo, que se comunicaban al oído: atacado violentamente por la creciente oposición, Rougón el ministro, el hermano del director, estaba dispuesto á favorecer el Universal, si el periódico de la sociedad, *La Esperanza*, un antiguo órgano católico, defendía al gobierno.

Un diputado de la izquierda acababa de lanzar el terrible grito: «¡El 2 de Diciembre es un crimen!» que había resonado de un extremo á otro de Francia como un despertar de la conciencia pública. Era menester responder con grandes actos, la próxima Exposición universal decuplicaría la cifra de los negocios, y se ganaría en Méjico y en otras partes, en el triunfo del imperio en su apogeo. Y en un pequeño grupo de accionistas que adoctrinaban Jantrou y Sabatani, se reía mucho de otro diputado que, con motivo de la discusión sobre el ejército, había tenido el extraordinario capricho de proponer que se estableciese en Francia el sistema de reclutamiento de Prusia. La Cámara se había burlado: preciso era que el miedo á Prusia trastornase ciertos cerebros, á consecuencia del asunto de Dinamarca y bajo la impresión del sordo rencor que nos conservaba Italia, desde Solferino. Pero el ruido de las conversaciones particulares, el gran murmullo de la sala, cesó bruscamente cuando aparecieron Hamelin y la mesa. Más modesto todavía que en el consejo de vigilancia, desaparecía Saccard, perdido en medio de la multitud; y se contentó con dar la señal de los aplausos, aprobando la Memoria que sometía á la junta las cuentas del primer ejercicio, revisadas y aceptadas por los comisarios-censores, Lavigniere y Rousseau, y que proponía doblar el capital. Sólo ella era competente para autorizar este aumento, que acordó por lo demás con en-

tusiasmo, embriagada completamente con los millones de la Compañía general de vapores reunidos y del Banco nacional turco, reconociendo la necesidad de poner el capital en relación con la importancia que el Universal iba á tomar. Cuanto á las minas de plata del Carmelo, fueron acogidas con un religioso estremecimiento. Y cuando los accionistas se separaron, dando un voto de gracias al presidente, al director y á los administradores, todos soñaban con el Carmelo, con aquella milagrosa lluvia de plata, cayendo de los santos lugares, en medio de resplandores de gloria.

Dos días después, Hamelin y Saccard, acompañados ahora por el vicepresidente, el vizconde de Robin-Cargot, volvieron á la calle de Santa Ana, á casa del notario Lelorrain, para declarar el aumento de capital, que ellos afirmaban haber sido suscripto íntegramente. La verdad era que tres mil acciones próximamente, rehusadas por los primeros accionistas á quienes pertenecían de derecho, quedaban en manos de la sociedad, que las pasó de nuevo á la cuenta de Sabatani, por una comedia de escritura. Era la antigua irregularidad agravada, el sistema que consistía en esconder en las cajas del Universal cierta cantidad de sus propios valores, una especie de reserva de combate, que le permitiera, si lo necesitaba, especular, lanzarse en plena batalla de Bolsa.

Por otra parte, Hamelin, aun desaprobando

aquella táctica ilegal, había acabado por entregarse completamente á Saccard, para las operaciones financieras; y, á este propósito, hubo una conversación entre ellos y Carolina, relativa únicamente á las quinientas acciones que él les había obligado á tomar cuando la primera emisión, y que la segunda acababa de doblar, naturalmente: mil acciones en total, representando, por el pago del cuarto y la prima, una suma de ciento treinta y cinco mil francos, que el hermano y la hermana quisieron absolutamente entregar, habiéndoles caído una herencia inesperada de unos trescientos mil francos, de una tía muerta diez días después que su hijo único, arrebatados los dos por la misma fiebre. Saccard los dejó pagar, sin explicar él mismo la manera cómo contaba liberar sus propias acciones.

—¡Ah! esta herencia—dijo riendo Carolina—es la primera fortuna que nos llega..... Creo que nos traéis la suerte. Mi hermano con sus treinta mil francos de sueldo, sus gastos de viaje considerables, y todo este oro que cae sobre nosotros, sin duda porque ya no lo necesitamos..... Hémos ya ricos.

Y miraba á Saccard, con su agradecimiento de buen corazón, vencida para siempre, confiada en él, perdiendo cada día de su perspicacia, en la creciente ternura que él le inspiraba. Después, arrastrada por su alegre franqueza, continuó:

—Sin embargo, si yo hubiera ganado este

dinero, os aseguro que no lo arriesgaría en vuestros negocios..... Pero una tía que hemos conocido apenas, un dinero en el que nunca habíamos pensado, en fin, dinero encontrado en la calle, algo que no me parece, ni siquiera muy honrado y de que me avergüenzo un poco..... Ya comprenderéis, no le tengo cariño y no me importa perderlo.

—Pues justamente—dijo Saccard, bromeando á su vez—va á aumentar y á daros millones. No hay nada que luzca tanto como el dinero robado..... ¡Antes de ocho días, ya veréis, ya veréis el alza!

Y, en efecto, Hamelin, que se vió obligado á retrasar su marcha, asistió con sorpresa á una rápida subida de las acciones del Universal. En la liquidación de fin de Mayo, pasaron del precio de setecientos francos. Había en aquello el resultado ordinario que produce todo aumento de capital: es el golpe clásico, la manera de fustigar el éxito, de hacer galopar las cotizaciones á cada nueva emisión. Pero había también la importancia real de las empresas que la casa iba á acometer; y grandes carteles amarillos, pegados por todo París, anunciando la explotación de las minas de plata del Carmelo, acababan de trastornar las cabezas, y encendían un principio de embriaguez que debía crecer y acabar con toda razón. El terreno estaba preparado, aquella sociedad de fines del imperio, formada de despojos en fermentación, caldeada por apetitos exaspera-

dos, favorable en extremo á uno de esos locos retoñamientos de la especulación que, cada veinte años, obstruye y emponzoña la Bolsa, no dejando tras sí más que ruinas y sangre. Ya, las sociedades podridas nacían como los hongos, las grandes compañías se lanzaban á las aventuras financieras, declarábase la fiebre intensa del juego, en medio de la ruidosa prosperidad del reinado, toda una explosión de placer y de lujo, de que la próxima Exposición prometía ser el esplendor final, la engañadora apoteosis de una obra de magia. Y, en el vértigo que arrastraba á la multitud, entre la confusión de los otros hermosos negocios que se ofrecían en la calle, el Universal, al fin, se ponía en marcha, como poderosa máquina, destinada á enloquecerlo todo, á arrollarlo todo, y que manos violentas caldeaban sin medida, hasta la explosión.

Cuando su hermano volvió á partir para el Oriente, Carolina se encontró sola con Saccard, emprendiendo otra vez su estrecha vida de intimidad, casi conyugal. Empeñábase en ocuparse de su casa, en hacerle realizar economías, como fiel mayordomo, aunque hubiera cambiado la fortuna de los dos. Y, en su paz sonriente, su humor siempre igual, no experimentaba más que una turbación, su caso de conciencia á propósito de Víctor, la duda de saber si debía ocultar por más tiempo al padre la existencia de su hijo. Estaban muy descontentos de éste en la Obra del Trabajo, donde hacía estragos. Trans-

curridos ya los seis meses de experiencia, ¿iba á exhibir su pequeño monstruo antes de haberle arrancado sus vicios? A veces experimentaba un verdadero sufrimiento.

Una noche estuvo á punto de hablar. Saccard, á quien la mezquina instalación del Universal desesperaba, acababa de decidir al Consejo á alquilar el piso bajo de la casa vecina para agrandar las oficinas, mientras llegaba el día en que pudiera atreverse á proponer la construcción del lujoso hotel de sus sueños. De nuevo hacía abrir puertas de comunicación, echar abajo tabiques, poner más rejillas. Y, como ella volviese del boulevard Bineau, desesperada por una abominación de Víctor, que casi había comido una oreja á un camarada, le rogó que subiera con ella á su casa.

—Amigo mío, tengo algo que decirnos.

Pero ya arriba, cuando lo vió con un hombro lleno de yeso, encantado con una nueva idea de ensanche que acababa de ocurrírsele, la de cubrir también con cristales el patio de la casa vecina, Carolina no se atrevió á trastornarlo con el deplorable secreto. No, esperaría aún, era preciso que aquel horroroso pilluelo se corrigiera. Perdía todo su valor ante las penas de los demás.

—Pues bien, amigo mío, era para hablaros de ese patio. Se me había ocurrido la misma idea que á vos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"M. PONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO